

Eduardo Sáenz Rovner. *La ofensiva empresarial Industriales, políticos y Violencia en los años 40 en Colombia.* Bogotá: Tercer Mundo Editores-Ediciones Uniandes, 1993. 279 páginas.

Eduardo Saenz ha escrito un libro que se inscribe en una tradición radical. Esta tradición se encuentra hoy un poco desubicada por la crisis del socialismo que no tiene que ser necesariamente crisis del pensamiento radical que, como su nombre lo indica, va a la raíz de las cosas y esto es un precepto necesaria en toda aventura investigativa. Ir al fondo de los problemas es incluso una condición necesaria para aproximarse a la posible verdad que hay detrás de ellos y creo que esa condición la cumple el libro de Saénz.

Si hoy tenemos la vaga y equivocada idea de que el intervencionismo y el proteccionismo son banderas de la izquierda, Sáenz hace ver que el proteccionismo en sus inicios en el país fue la imposición de unos intereses estrechos sobre la sociedad, apoyados en los sectores más retrógrados y violentos de la época. La ecuación protección de los países pobres igual a anti-imperialismo y éste a su vez igual a independencia, democracia y progreso es simplemente incorrecto, porque también puede ser concesión de privilegios excesivos a los que siempre han gozado de ellos, que pueden ser muy despóticos, puede apoyar intereses chovinistas y parroquiales que se resistirán al cosmopolitismo y absorber el progreso de la tecnología y las ciencias «extranjeras».

Mientras Gaitán abogaba por un proteccionismo moderado que trazara todos los intereses en juego —desde los agricultores y cafeteros, los comerciantes, los propios industriales y hasta los del consumidor— la Andi era partidaria de una exclusiva y odiosa protección industrial que le entregara la capacidad de someter al consumidor, contar con un fácil mercado cautivo, el cual les limitaría seriamente su crecimiento 30 años más tarde, al quedarse rezagados del mundo y permanecer también tan infantes como quisieran.

La historia que revive Sáenz, con una prolífica documentación de fuentes primarias, es que los industriales cimentaron sus intereses comprando primero políticos y periodistas, quienes se encargaron de presentar la protección de la industria como la del trabajo nacional y como favoreciendo el interés de todos, para después intentar hacer aprobar una legislación de altos aranceles que fue combatida exitosamente por los cafeteros, los comerciantes y los terratenientes en las agitadas legislaturas de 1948. Al instaurarse la dictadura de Ospina Pérez con la clausura del Congreso, las asambleas y los concejos, se estableció por decreto un nuevo régimen arancelario muy proteccionista que permitió a los industriales unos márgenes extraordinarios de ganancias en forma permanente.

Los argumentos presentados en favor de la protección nunca se anunciaron como temporales, en la medida que permitían que industrias infantes se desarrollaran y llegaran a ser adultas, y que no abusaran del resto de los intereses económicos y de los ciudadanos-consumidores, que fue el caso para Alemania y Estados Unidos durante el siglo XIX.

Reseñas

Más de 40 años después de otorgada la protección industrial todavía oímos voces que afirman la debilidad intrínseca de la industria nacional frente a la «inmensa» fortaleza de los capitales de los países avanzados y que creen en la necesidad permanente de un alto grado de protección para la industria «nacional» o sea el abuso permanente del consumidor y la limitación la competencia. Todavía no es posible en el país desarrollar una ideología de la igualdad de los individuos frente a los negocios y de ahí frente a la ley, el Estado, etc. y por el contrario, sigue influyendo el privilegio patrimonial o político en el otorgamiento de ventajas en buena parte de los negocios, incluso de aquellos que se abren a nombre de la mayor competencia y la soberanía del consumidor. Esto tiene que ver con los rezagos de una economía semifeudal en la que la pureza de los apellidos y la propiedad territorial jugaron un importante papel en determinar las jerarquías sociales.

Frente a los Estados Unidos, que ya mantenían en esa época una posición librecambista, pero que no presionaron demasiado sobre el gobierno colombiano, los conservadores transaron por un régimen de libre inversión de capital extranjero que cuidaba que no compitieran contra los capitales colombianos; el capital extranjero se invertiría en petróleo y en áreas nuevas y complejas en que los nacionales no tuvieran disposición. Así mismo, el régimen de Laureano Gómez, con su fuerte talante anti-liberal, enviaría tropas a Corea para probar que había dejado de ser ultranacionalista y así lograr despejar la desconfianza que había despertado en algunos sectores del gobierno norteamericano. Los industriales a través de la Andi se mostraron satisfechos con las medidas de fuerza de Ospina y expresaron apoyo al régimen violento de Gómez.

Hay que destacar que fue precisamente durante la posguerra cuando se avanzó más en la liberalización del comercio mundial, particularmente entre los Estados Unidos. Tal proceso de apertura probó ser beneficioso para Estados Unidos y los países europeos, no tanto entre el primero y Japón, porque todos los socios ganaron eficiencia mediante la especialización al mismo tiempo ampliaron considerablemente su producto y la parte de este que se transaba internacionalmente, como lo muestra Jagdish Bhagwati en su libro *El Proteccionismo*. Sin embargo, Colombia y Latinoamérica en general iban en vía contraria a este desarrollo comercial del mundo y se empeñaron en que dado que la liberalización no incluía los productos agrícolas y que estos eran estructuralmente desfavorecidos, se cerraban al comercio de manufacturas y guardaban estas celosamente para ser desarrolladas por sus empresarios.

Cada país intentó manufacturar todo y no solo no pudo hacerlo, aunque tuvieron un buen desarrollo durante más de dos décadas, sino que con el tiempo lo que logró hacer en las ramas ligeras y medianas fue desconectarse del cambio tecnológico que se impone internacionalmente, perder productividad y contar con un comercio internacionalmente para adelantar la acumulación de capital. La crisis de la deuda de los ochenta fue el punto de inflexión que los obligó a buscar el camino opuesto para poder continuar su desarrollo económico en un ambiente más liberal. Colombia siguió un curso menos traumático porque tuvo bonanzas santas y no santas

que le obligaron a abrir su economía a mitad de la década de los setentas aunque fuera con contrabando, pero ello presionó a muchas industrias a reestructurarse y abrió el país a cambios tecnológicos importantes.

La protección en verdad nunca fue una bandera de la izquierda, aunque con su disolución parece serlo, porque surge de sistemas corporativos, a veces muy dictatoriales, como los fascistas, otras veces menos, como los populistas que le otorgaron odiosos privilegios a gremios empresariales y a sus sindicatos que de alguna manera le sirven de base a tales intereses. Y no lo es porque el proteccionismo, al restringir la competencia, contribuye a intensificar el grado de monopolio que exhibe una economía; por lo tanto, deteriora la distribución del ingreso en favor de los monopolistas y contra todos los demás. El libro de Sáenz muestra muy bien los mecanismos internos del proceso y concluye que el proteccionismo no equivale a progreso y mucho menos a democracia.

El libro de Eduardo Sáenz es un aporte que nos permite conocer mejor los mecanismos de nuestra historia empresarial y económica, por la agudeza de sus observaciones que en varias ocasiones son humorísticas y sobre todo por salirse de la polarización del debate entre librecambista y proteccionista y ofrecernos explicaciones mucho más de fondo que las trilladas que nos ofrecen ambos bandos.

Salomón Kalmanovitz
Universidad Nacional de Colombia